

# LA CAMPANA DE USED

Por ARTURO YUSTE USON

algo importante, no se trata como ya supondrán los lectores de una repetición del hecho histórico cuyos protagonistas fueron don Ramiro el Monje y unos cuantos nobles de Aragón.

El caso que nos ocupa es otro menos importante, pero no por esto deja de ser curioso e interesante, sobre todo para los nacidos y oriundos de los valles de Nocito, Sarrablo y Rodellar, y aun del Somontano y alta montaña, y creo que para muchos de la capital también.

Se concreta al traslado de la campana de Used al Santuario de San Urbez.

Used es uno de los veinte lugares y aldeas que forman el municipio cuya capitalidad es Secorún, partido de Boltaña.

Abellada, Aineto, Alastruc, Azpe, Bara, Bentué de Nocito, Bibán, Binuaste, Cañardo, Ceresola, Fablo, Fenillosa, Gillué, Ibirque, Laguarda, Matidero, Miz Secorún (capital), Torroñigata del Obico, Torruéllola de la Plana y USED.

A 6 kilómetros de Nocito, en dirección N.E. A 45 kilómetros de Huesca por Belsué. Altura sobre el nivel del mar, 1.150 metros. En el censo oficial de 1950 tenía 57 habitantes.

Hoy, igual que otros muchos pueblos, ha quedado totalmente despoblado. No hay ni ratas ni pájaros; por que los hermanos menores —como diría San Francisco— también emigran siguiendo a los mayores. Carece de vida, todo es soledad por doquier. ¡Qué pena!

Casas que empiezan a derrumbarse porque les falta la mano reparadora. Propiedades comunales abandonadas con todos sus enseres dentro, nadie se atrevió a tocarlas porque eran de un pueblo..., de todos. Términos completamente yermos. Valles enteros, que si hace muy pocos años eran hormigueros de gente, hoy son verdaderos desiertos.

Las nuevas técnicas impusieron nuevas condiciones de vida, que los económicamente débiles —moderna versión del pobre de antes— fueron los primeros en no poder soportar y emigraron. Luego, por simpatía, marcharon los intermedios, mitad necesidad y mitad aventura; con éstos marchó también el alma de los pueblos: el médico, el practicante, el veterinario, el maestro, el secretario, y todos los proveedores: sastre, herrero, carpintero, albañil, barbero, tendero y hasta el dueño del café. Esto fue el principio del fin de muchísimos pueblos de España: Solamente quedaron en ellos los pudientes, porque a mayores propiedades, mayor era también el dolor de abandonarlas, cosa muy natural, y se resistieron como los últimos de Filipinas. Con ellos quedó un hombre cual si fuera el capitán del barco, y no

abandonó hasta que la nave hizo agua y por fin se hundió. Este valiente fue el sacerdote. Salvó todo lo que tenía algún valor y con ello mejoró otras parroquias que estaban a su cargo, pero se dejó una pieza muy fundamental, no por olvido, sino porque no podía llevarla consigo: la campana.

En este caso la de Used, cuyo traslado voy a referir.

A las cuatro de la mañana de un domingo de finales de mayo, en la plaza de Unidad Nacional, se reúnen 30 montañeses nacidos en los tres valles antes mencionados. Serios ellos, formales, honrados, generalmente todos buenos mozos, pero mayor que su estatura es su voluntad y gran corazón para ejercer las buenas obras.

Con las debidas autorizaciones parten para Nocito, sacrificando sus propios vehículos, porque el camino es largo y a veces malo, sobre todo los 15 kilómetros desde el Molino de Villobas al pueblo.

Hay que empezar vadeando el río Guarga con bastante agua y marchar por lo que ellos llaman pista y yo diría que ni siquiera hay camino, sino pura montaña, con sus barrancos, canchales, subidas y bajadas, hasta que al fin se llega. Las 7,30 de la mañana. Unos hacia Used y otros a desbrozar el camino de San Urbez, para que el día de la romería —29 de junio— esté expedito.

Sobre las diez empieza lo que pudiéramos llamar operación campana, dirigida por el maestro de obras don Celerino Ciprés, ayudado de los hermanos Gabarre y el herrero de Bara, hoy residente en Casbas. Don Romualdo Albás, actualmente vecino de Huesca, presta los atalajes necesarios que aún guarda en su casa solariega. Con gran dolor vio arrancarla, pero con mayor satisfacción la acompañó, sabiendo que era para San Urbez.

Las casas también debieron estremecerse en la duda, al oír el último repique, pensando si eran sus hijos que de nuevo venían a poblarlas y jubilosos hacían fiesta, o eran unos hombres que iban a llevársela para siempre y la jaleaban por última vez. Así fue. Una hora más tarde, estaba en tierra.

Sus características son las siguientes: aleación de bronce, cobre y tal vez algo de plata. Diámetro, 68 centímetros. Altura, sin yugo, 80 centímetros. Peso, 200 kilogramos.

En la parte superior, circundándola, y entre dos preciosas orlas —la de arriba con motivos eucarísticos: vides, espigas y olivos, y la de abajo con ángeles—, se lee: "MARIA DE EL ROSARIO, ROGAD POR NOSOTROS". (Todo es perfecto en aquella campana, y en cambio tiene una falta de ortografía: emplea la preposición y el ar-

tículo, en lugar de la contracción DEL).

A mitad, figura el nombre del constructor, en un sello rectangular, tamaño octavo. Dice así: JORGE CAPALVO. ME HIZO. AÑO, 1908.

Dicho señor se supone que residía en Boltaña —hombres con más edad que nosotros lo sabrían con certeza—. Hacía la función a domicilio; en los pueblos, o al pie del campanario.

Entre las fundidas por aquella época (1900), se conocen dos en Las Bellostas y otra en Bagüeste, y de hacer una revisión a fondo seguramente se hallarían por todos esos valles y en el llano, pese a que cuando la guerra desaparecieron muchas.

Al iniciar el traslado, se ve la imposibilidad de llevarla a hombros, y se improvisa un estirazo. Para los que no conocen este útil de transporte, les diré que se trata de una madera en forma de V, de un metro o más de lado, cuyo vértice está terminado en forma de espátula de esquí, donde tiene el amarre para los tiros de la caballería. Encima se pone la carga y se transporta con una facilidad pasmosa. Así es llevada hasta las proximidades de San Urbez, pero como el terreno es bastante empinado, se utiliza un tractor propiedad del Ayuntamiento de Nocito para subirla hasta el Santuario.

Llegados todos, se oye la Santa Misa. Terminada ésta, se dispone el personal a comer, a la vez que empieza una gran tormenta. Llueve torrencialmente. Dos horas después, cesa. El suficiente tiempo para bajar al pueblo a toda marcha, y luego continuaría de temporal toda la tarde, pero ya la misión estaba cumplida.

Ni el más leve rasguño en nuestra carne, ni una gota de agua en nuestros vestidos. San Urbez también echó una mano. Se vio claramente.

